

VISITA DE MAXIMILIANO II Y MARÍA DE AUSTRIA, SU ESPOSA, A SU ABUELA, LA REINA DOÑA JUANA I DE CASTILLA

M.^a Luisa ÁLVAREZ JUARRANZ
Universidad de Valladolid

El licenciado Juan Alonso de Gámiz¹, dedicado a los estudios eclesiásticos desde temprana edad, fue nombrado en 1537 capellán de Carlos V, pasando así a formar parte del séquito del Emperador. Esto, unido a otra serie de circunstancias, hará que entre en el campo de la diplomacia y, cambiando de corte, llegue a ser embajador de Fernando I² ante su hermano Carlos V. Sucedió en el puesto diplomático a su primo Martín de Salinas, logrando alcanzar una actividad cada vez de mayor relieve dentro de la corte. Compaginó, desde 1546, su cargo con el de Limosnero de Maximiliano II, el hijo de Fernando I, al que acompañará en su estancia en España, país al que viaja en 1548 y al que regresa definitivamente en 1556.

No se conservan muchos escritos de Gámiz, quizá debido al carácter itinerante de los puestos que desempeñó; la mayoría de los conservados se guardan en el archivo de Viena, aunque existe uno en el Archivo General de Simancas, una carta dirigida a María de Austria, esposa de Maximiliano II, escrita en Augsburgo a principios de 1551, en la que utiliza un estilo en el que destaca una gran minuciosidad des-

¹ De parte de sus cartas ha realizado una recopilación y estudio José Ramón CUESTA ASTOBIZA con el título: *Epistolario político de Juan Alonso de Gámiz, secretario destacado a la Corte del Emperador Carlos V, en el Archivo Histórico Provincial de Álava*, editado por la Diputación Foral de Álava, 2002, 268 páginas.

² Fernando era el segundo hijo varón de doña Juana, el primero que nace en Castilla, en Alcalá de Henares, en marzo de 1503. Meses más tarde, cuando su madre abandona estas tierras, su abuela doña Isabel, envía al niño a Arévalo con personas de su confianza, para que se encarguen de su educación. Aunque no es el primogénito, sus abuelos depositan ciertas esperanzas en este infante e incluso su nombre, Fernando, lo liga a su abuelo y también a Fernando de Antequera, en definitiva, al linaje Trastámara. DEL VAL VALDIVIESO, M.^a Isabel, «El infante Fernando, nieto de los Reyes Católicos», *Fernando I. Un Infante español Emperador*, Universidad de Valladolid, 2003, pp. 25-26.

criptiva. Como veremos, esa misma minuciosidad se observa en la carta sobre la que versa este trabajo. Como ejemplo sirvan las siguientes notas con las que Gámiz relata el discurrir diario de Maximiliano: «...se levanta a las seis de la mañana con candela; asiste a misa a las siete y a continuación participa con su padre, el emperador Fernando, en las sesiones del Consejo hasta las diez. Después se retira a su recámara...»³.

Precisamente, por su gran minuciosidad, son muchos y de gran interés los datos que aporta Juan Antonio de Gámiz al mundo de la investigación, en todos los sentidos, tanto en esta carta que dirige a Fernando I, como en el resto de sus escritos. Estos cruces de correspondencia, frecuentes entre las diferentes cortes europeas y sus agentes diplomáticos en esta época, eran de gran valor para la política en los diferentes reinos y estados, en su momento, y ahora lo son también para conocer la vida de aquella época y a sus protagonistas.

El documento que queremos presentar en este trabajo es una carta que escribe Juan Alonso de Gámiz al Rey Fernando I⁴, fechada en Valladolid, el 4 de agosto de 1550. Se trata de una carta original, escrita en papel, con firma autógrafa, que se encuentra en el archivo de Viena⁵. Fue expuesta, junto con otra serie de documentos y obras de arte de la época, en el palacio de Santa Cruz, de la Universidad de Valladolid, en la exposición organizada sobre la figura del emperador Fernando I, con motivo del V centenario de su nacimiento en Alcalá de Henares; por esta razón la exposición y el libro que se editó en ese momento, se centraba especialmente en el origen castellano del hermano menor de Carlos V, al que sucedió en el trono del Sacro Imperio⁶.

Se trata de una carta en la que Gámiz da cuenta de la visita que Maximiliano II, primogénito de Fernando I, hace a su abuela, la reina Juana I de Castilla, en 1550. En ese documento describe de forma minuciosa y exacta, tanto las actitudes de los personajes regios, como los lugares donde se desarrollan los diferentes encuentros que tuvieron Maximiliano y su esposa, María de Austria, con su abuela doña Juana, ya sea alguna parte del Palacio de Tordesillas, o la propia Cámara de la reina. Describe cada momento con rigurosa exactitud, como la siesta que los viajeros reposaron en Simancas, por el calor que hacía; las horas que abuela y nieto pasaron juntos; detalles precisos como la hora a la que se celebró la cena, las nueve de la noche, y sobre cómo fue la llegada al lugar; señala también los días de la semana, indicando si se trata de

³ AGUIRRE, Isabel y RUDOLF, Karl Friedrich, «Carta de Juan de Gámiz al Rey Fernando I», en Catálogo de la Exposición, *Fernando I. Un infante español emperador*, Universidad de Valladolid, 2003, p. 162.

⁴ CANO DE GARDOQUI, José Luis, ya aludió a la existencia de esta *Carta del Licenciado Gámiz a Fernando I*, en una ficha redactada para el Catálogo de la exposición, «*Tordesillas 1494*». Sociedad V Centenario del Tratado de Tordesillas. Junta de Castilla y León, 1994, p. 226.

⁵ Viena, Haus-, Hof- und Staatsarchiv. Spanische Diplomatische Korrespondenz 2, capeta 34. *Carta de Juan Alonso de Gámiz al Rey Fernando I*, Valladolid, 4 de agosto de 1550. Original, papel, firma autógrafa, pp. 76-79.

⁶ Catálogo de la exposición, *Fernando I. Un infante español emperador*, Universidad de Valladolid, 2003, p. 7.

un lunes o un martes. A lo largo de la narración no deja nada al azar, relata todo lo que va sucediendo, momento a momento.

Maximiliano, que se había convertido en Rey de Bohemia por decisión de su padre, se trasladó a España en compañía de su esposa, donde fue regente de su tío entre los años 1548 y 1551⁷. Esto es lo que explica que, «En los primeros días del año 1549 la joven pareja está junto a su abuela, una vez más los cambios políticos en el ejercicio del poder debían recibir los parabienes de la Reina», pues, a pesar de que ésta no tomaba decisiones políticas, al menos desde su reclusión en Tordesillas, su condición de reina imponía ciertos gestos⁸.

La carta dirigida por el embajador a Fernando I nos permite conocer un conjunto de detalles entrañables que se van a suceder en el encuentro de la reina Juana con sus nietos. El relato transmite también el cariño y respeto que debió presidir las diversas conversaciones que mantienen los tres durante los días que los visitantes pasaron en Tordesillas. El documento muestra una Reina interesada por los diferentes miembros de la familia real y las relaciones de afecto que hay entre ellos. Doña Juana quiere que le muestren los retratos que han traído de las princesas y del archiduque Carlos, pide verlos de uno en uno, a la vez que pregunta la edad, el nombre, etc. En la época los retratos sirven para conocer, mantener el recuerdo y la vinculación afectiva con personas que están lejos. Ella tenía una importante colección de éstos, que llevó con consigo a Tordesillas. En total eran siete, algunos representaban a miembros de su familia, había también uno suyo, así como una tabla con la figura de su madre⁹. También preguntó cómo no habían traído con ellos a la princesa Ana, a lo que le contestaron que por temor al calor, dado que la pequeña tenía pocos meses de edad. Con motivo del nacimiento de su primogénita, los regentes recibieron un obsequio de la reina Juana, «dos copones de plata dorados grandes, que pesaron siete marcos y siete onzas [...] en albricias del buen alumbramiento de la reina de Bohemia que vino en el dicho tiempo a visitar a su alteza¹⁰».

Todo ello muestra a una mujer entrañable y familiar que quiere recordar a los seres queridos; a esto hay que añadir que se alegra cuando se siente querida y se muestra feliz ante lo que esta viviendo. «Durante toda su vida Juana dio muestras sobradas de afección por los suyos; al margen de otras manifestaciones de índole política, tal actitud se observa en gestos tales como la alegría que manifiesta cuando llega a su noticia, muchos años después, en Tordesillas, que su nieta llevará su mismo nombre, Juana¹¹».

⁷ RODRÍGUEZ RASO, Rafaela, *Maximiliano de Austria, gobernador de Carlos V en España*, Madrid, 1963. Citado en ZALAMA, Miguel Ángel, *Vida cotidiana y arte en el palacio de la reina Juana I en Tordesillas*, p. 276.

⁸ ZALAMA, Miguel Ángel, *Vida cotidiana y arte en el palacio de la reina Juana I en Tordesillas*, Universidad de Valladolid, p. 276.

⁹ ZALAMA, Miguel Ángel, *Vida cotidiana y arte...*, o. cit., p. 432.

¹⁰ ZALAMA, Miguel Ángel, *Vida cotidiana y arte...*, o. cit., p. 277.

¹¹ DEL VAL VALDIVIESO, M.^a Isabel, *Juana, retrato de una heredera*, p. 157. Según los documentos publicados por Manuel FERNÁNDEZ ÁLVAREZ, *Juana la loca. La cautiva de Tordesillas*, doc. n.º 4, p. 272: «La Reyna ... ha holgado mucho de haver sabido el alumbramiento de V. Mt. Y de haverse llamado la señora infanta Juana. Y en verdat que V. Mt. tiene gran razón de querer mucho a Su Alteza y desealla servir, porque Su Alteza ama verdaderamente a V. Mt. y con toda su enfermedad no dexa de tener el cuydado de madre, y asy me pregunta siempre sy se nuevas del Emperador...».

Doña Juana tiene setenta y un años cuando recibe la visita que nos ocupa, que debió ser muy especial para ella, máxime si se tiene en cuenta que estas no parece que fuesen frecuentes. La primera de la que hay noticias escritas sobre su desarrollo tuvo lugar en 1510; el visitante, en esa ocasión, fue su padre Fernando, el Rey Católico, que llegó acompañado por algunos nobles castellanos y los embajadores de Maximiliano; el resultado fue la humillación de la reina¹². En ese momento ya estaba recluida en el palacio de Tordesillas del que no podía salir; «el palacio de Tordesillas fue un emplazamiento de gran importancia, excepcionalidad que obtuvo por instalarse allí la Reina, pero a su vez la figura de doña Juana es inexplicable durante las últimas décadas de su existencia si no es teniendo presente el lugar donde moró¹³»; sólo cuando se declaró la peste se le permitió, más bien se le obligó, a dejar temporalmente su residencia¹⁴.

La visita de Maximiliano y su mujer tiene otro carácter. No es política, sino familiar y afectiva. Uno de los días de su estancia en Tordesillas, Maximiliano entregó a su abuela, en nombre de su padre Fernando I, una caja con un crucifijo, joya antigua, perteneciente a la Casa de Austria, pidiendo que la tomara para sí. La Reina agradeció el regalo, emocionándose mucho por venir de «su hijo», por el que ella sentía un cariño especial; preguntó sobre su origen y miró las piedras con gran detenimiento. Tenemos que tener presente que doña Juana, además de reina, era una mujer culta, que había viajado, conocido otras cortes y recordaba que en Flandes se encontraban piezas muy valiosas, por lo que podía imaginar el valor de la joya que estaba recibiendo. Sin duda tendría, además, un valor sentimental y afectivo que, seguramente, era más importante para ella. Asimismo le causó especial sentimiento que fuera una pieza religiosa, pues ella se considera muy devota. Por todo ello Juana da gracias a Dios y pide por su hijo. Vemos así una mujer atenta a todos los detalles y que gusta de las obras de valor. A este respecto hay que recordar que doña Juana tenía un gran tesoro personal en el que se encontraban, «... gemas de su madre, las joyas, la platería, libros, manuscritos iluminados, textiles, ropas, pinturas flamencas y tapices...»¹⁵; parte de este tesoro disminuyó de forma notable, ya que el emperador Carlos mandó equipar con él el ajuar de su hermana menor, siendo Catalina la que eligió personalmente.

Una vez recibido un regalo tanpreciado, doña Juana manifiesta tener miedo a que se lo hurten. Esto parece ser bien cierto, pues los visitantes no desperdiciaban ocasión de hacerse con alguna parte del tesoro de la reina¹⁶. Por eso, según expone Gámiz, y dado que no sabía donde ponerlo para que estuviese seguro, decidió que fuera él quien se lo guardara, a la espera de que le hicieran un arca especial para depositarlo¹⁷, puesto

¹² ZALAMA, Miguel Ángel, *Vida cotidiana y arte...*, o. cit., p. 282.

¹³ ZALAMA, Miguel Ángel, *Vida cotidiana y arte...*, o. cit., p. 17.

¹⁴ ZALAMA, Miguel Ángel, *Vida cotidiana y arte...*, o. cit., p. 321.

¹⁵ JORDAN GSCHWEND, Annemarie, «Juana de Castilla y Catalina de Austria: La formación de la colección de la reina en Tordesillas y Lisboa», en ZALAMA, Miguel Ángel (dir.), *Juana I de Castilla, 1504-1555. De su reclusión en Tordesillas al olvido de la Historia*, Valladolid, 2005, p. 155.

¹⁶ ZALAMA, Miguel Ángel, *Vida cotidiana y arte...*, o. cit., p. 277.

¹⁷ Este celo por guardar el crucifijo estaba justificado por los robos o desapariciones continuas que por doquier se hacían de sus bienes, por lo que no era un temor excesivo, sino simplemente resultado

que le habían desaparecido otras cosas; pero el licenciado, por no querer asumir la responsabilidad, se lo dio al tesorero, Quizás este cuidado que puso en su conservación explique, a pesar de los continuos saqueos a que fue sometida, cómo pudo conservar el crucifijo hasta el término de sus días. Finalmente, a su muerte, debió de hacerse con él Luis de Rojas, marqués de Denia, gobernador de la casa de su alteza, junto con otras piezas, para cobrarse una merced de 1500 ducados que Carlos V le otorgó por sus servicios, pues se quedó con «ciertas sortijas e una cruz que el rey de Bohemia su nieto le dio»¹⁸.

Además de la escena del regalo, relata Gámiz cómo transcurrieron los días de la visita. Entre otros detalles que destacan en el documento nos encontramos con la noticia de que Maximiliano, durante los días que estuvieron visitando a su abuela, aprovechó para ir a cazar al monte llamado La Seca, que está camino de Medina del Campo. De regreso se reencontró con su mujer, María de Austria, yendo a comer a la huerta de un mercader de nombre Rodrigo de Dueñas, donde pasó la tarde, durmiendo en una de las casas del doctor Beltrán. Del festejo y los agasajos que se les hicieron en la tarde del día siguiente en Medina del Campo, hace Gámiz una de sus precisas descripciones, detallando ropas, armas, estandartes, y cómo se corrieron toros y se pusieron en la plaza dos cubas de vino. Todo ello permite que nos hagamos una buena idea de lo que se entendía entonces por agasajar a personajes reales, y de cómo el pueblo aprovechaba esas ocasiones para su propio disfrute.

El domingo, día de la Magdalena, continuaron los festejos, y el miércoles siguiente, después de oír misa, los regentes, Maximiliano y María, marcharon al monasterio de La Mejorada¹⁹, lugar que siempre contó con la protección real. En él se alojaron entre otros Juan II y Enrique IV. Los Reyes Católicos recibieron ahí a Cristóbal Colón en 1494, y lo visitaron con frecuencia, pese a tener cerca una de sus residencias principales, los palacios de la plaza de Medina del Campo. Asimismo la reina doña Juana era una enamorada de ese lugar, quizás por todo esto María de Austria tenía mucho interés en ver el monasterio, donde comieron, cenaron y, al atardecer, salieron para Valdeestillas²⁰.

Juan Alonso de Gámiz, al terminar la carta que nos ocupa comunica a Fernando I que todo parece indicar que su nuera, María de Austria, esté esperando un hijo.

La visita que describe Gámiz en su carta de agosto de 1550 no fue la única que hicieron a doña Juana en Tordesillas sus nietos, María de Austria y Maximiliano, a lo largo de los casi tres años que estuvieron de regentes. En esta ocasión llegaron juntos, a mediados de junio en 1550²¹, tal y como se recoge en el documento que trans-

de la experiencia que le hacía estar convencida, con razón, de que corría peligro, y no era, por tanto, fruto de su imaginación.

¹⁸ El crucifijo que perteneció al emperador Federico y el que le llevó su nieto Maximiliano como regalo de su padre don Fernando. ZALAMA, Miguel Ángel, *Vida cotidiana y arte...*, o. cit., p. 390.

¹⁹ GARCÍA-MURILLO BASAS, Eusebio, *Real Monasterio de Ntra. Sra. de «La Mejorada» de Olmedo*, Madrid, 1969, pp. 23-25.

²⁰ ÁLVAREZ JUARRANZ, M.^a Luisa, «Real Monasterio de La Mejorada de Olmedo. De su fundación a nuestros días», en *Revista Cultural. En Taquilla*, 2007, n.º 22, p. 10.

²¹ Archivo General de Simancas (AGS), Casa y Sitios Reales (CSR), leg. 19, fol. 13/1221. Gastos por la visita de «los serenísimos reyes de Bohemia, mis hijos, en diez y siete y diez y ocho de este mes

APÉNDICE DOCUMENTAL

1550, agosto, 4. Valladolid.

*Carta dirigida por Juan Antonio de Gámiz a Fernando I*²³:

Sacra Cesárea Real Magestad

Con Luís Vanegas que partió de aquí a honze del pasado scriuí a Vuestra Magestad las menudencias que auía fuera de negoçios y lo que después ha sucedido es que conforme a lo que yo tenía scripto partieron sus Altezas desta villa, jueves a las 17 del mismo y fueron a comer a Simancas y allí reposaron la siesta por el calor, y a la tarde fueron a Tordesillas a donde la Reyna nuestra señora los resçiuíó con mucha alegría y contentamiento, que los estubo sperando sin çenar hasta las nueve de la noche y regozijándose con ellos y preguntándoles como venían y algunas otras particularidades. En público les dixo que se fuesen a reposar y otro día viernes después que sus Altezas vbieron comido fue la Reyna mi señora a ver a su agüela llebando consigo los retraçtos de las prinçesas y del Archiduque Carlos, los cuales le amostró vno a vno, y la Reyna los vió con grandísima voluntad preguntando por la hedad y el nombre del retraçto de cada vna con otras particularidades y donayres, y viendo que el Rey no yba allá porque pensaba de yrse a la tarde solo, su Alteza le mandó llamar y estubo con ellos bien dos horas preguntándoles infinitas cosas y holgándose con ellos y quexándose de que no auían traydo a mostrar la princesa Ana, la qual vbieran lleuado de buena gana sino fuera por el temor del calor que le pudiera hacer daño. Y acabada aquella visita, mandando salir toda la gente desde a vn rato fue el Rey solo a su Alteza llebándome a mí solamente consigo, porque la Reyna lo auía pedido y mandado ansí, y declarándole el Rey la voluntad que Vuestra Magestad tiene de verla y seruirla, le dixo que viendo que esto no auía lugar le auía mandado por palabra, quando de allá partió y después por scripto muchas vezes que siempre viniese a ver y seruir a su Alteza en todo aquello que le fuese agradable, y que agora le embiaba Vuestra Magestad aquel crucifixo supplicándole rescuiese y se acordase de rogar a Dios por sus hijas, y que se atrebía a embiárselo a su Alteza porque auía sido del Emperador Maximiliano, y en esto saqué yo el crucifixo de la caja para mostrárselo y la Reyna lo resçiuíó con la mayor alegría y contentamiento del mundo, y estubo mirando bien por menudo las pieças del crucifixo y preguntando si auía sido del Emperador su Señor, y dezía que se acordaba su Alteza que en Flandes auía muchas y muy buenas pieças de aquellas que auía dexado el duque Charles y que podía ser ésta dellas. El Rey dixo a su Alteza que no era de aquellas, sino de la casa de Austria porque en la caja en que el crucifixo está podría su Alteza leer el nombre del Emperador Federico, y ver que se auía echo el año de 1451, porque las letras de la misma caja lo dizen ansí. La Reyna miró las letras y teniéndole por cosa tan antigua dixo «por buena verdad que mi hijo me ha echo muy gran plazer en acordarse de mi y embiarme vna pieça tan señalada y tan deuota, que no soy yo digna de tenerla conmigo, bendito sea él de

²³ Viena, Haus-, Hof- und Staatsarchiv. Spanische Diplomatische Korrespondenz 2, Carpeta 34. *Carta de Juan Alonso de Gámiz al Rey Fernando I*, Valladolid, 4 de agosto de 1550. Original, papel, firma, autógrafa, páginas 76-79. Para la transcripción del documento se han seguido las normas publicadas en el Tratado de Paleografía por Agustín MILLARES CARLO, con la colaboración de José Manuel RUIZ ASENCIO, 3.ª edición, Madrid 1983.

Dios que tanto cuidado tiene de mí, aunque en la verdad yo terné mucha pena, que no se como la guardé que no me la hurten». El Rey le respondió que le podía su Alteza poner colgado de vn paño de su cámara y tenello allí, dixo que no lo haría sino que lo guardaría en vn cofre porque de otra manera se lo hurtarían, deziendo que también le auían hurtado otras muchas cosas. Tras esto le dixo el rey estas palabras «señora, el Rey mi señor, me tiene mandado por scripto y por palabra que todo aquello que Vuestra Alteza quisiere o pediere que yo lo cumpla y execute a la letra como fuere la voluntad de Vuestra Alteza, y porque yo he entendido que Vuestra Alteza desea tener algunos dineros fuera del situado de su casa para hazer algunas limosnas y otras cosas a su voluntad, sin dar parte ni pedir las a sus criados, he mandado traer aquí al licenciado hasta quatroçientos ducados en oro para que Vuestra Alteza los guarde y haga dellos lo que fuere seruida», y ansí tomándomelos en vn pañezuelo los puso en las faldas de su Alteza, y la Reyna con grandísima alegría los resçuió y dixo «mucho hos agradezco el cuidado que aueys tenido de hazerme plazer ansí como mi hijo hos lo encomendó, plega a Dios que Dios hos dé el galardón por ello que sí dará. Pero hago hos saber que estos dineros que trays yo los desseaba auer para lo que dezís de mi hazienda y no de lo vuestro, ansí que si es de lo vuestro yo no los quiero en ninguna manera», y el Rey le certificó y prometió como era verdad que los dineros no eran de su casa sino que su Alteza auía mandado a Juan Vázquez que los pidiesse al thesorero para que los truxiese, y que eran de la hazienda de su Alteza, y asegurada con esto los resçuió, preguntando en quantas pieças venían y si eran todos doblones o ducados senzillos, y es çierto que se regozijó infinito con ellas y le dixo estas palabras «plega a Dios señor que hos haga bienaventurado por el cuidado que tenéys de hazer plazer a la persona, y scriuir a mi hijo el contentamiento y alegría que he resçeuido con su presente y con la buena voluntad y cuidado que de mí tiene, que spero que Dios le hará bien». Tras esto preguntó otras muchas cosas a su Alteza, y qué hijas tenía casadas Vuestra Alteza y otras muchas particularidades y cosas de que el Rey resçuió gran contentamiento y más notando que auía llamado a Vuestra Magestad tres vezes «mi hijo», cosa que nunca la dixo jamás por el Emperador, ni se lo han oydo sino agora, y con esto se despidió el Rey de su Alteza. Y que así andada la media cámara, le tornó a llamar y encomendar muy de veras que scriuiese a Vuestra Magestad el alegría y contentamiento que le quedaba de la memoria que Vuestra Magestad tenía de ella, y rogándole que no la olvidase y tubiese cargo de fauoresçer a sus criados, nonbrando particularmente algunos, y con esto se despidió del todo de su Alteza, por que otro día a las tres de la mañana pensaba yr a Medina y paresçe ser que según después vimos aquella noche tubo su Alteza grandísima ymaginación y pensamiento que le auían de hurtar la ymagen o algunas piezas della, y túbola siempre consigo hasta la mañana, que me embió a llamar a las dos después de media noche, e yo no pude yr tan presto por que el Rey auía de oyr la missa a las tres para caminar, que auía concertado la noche antes de amanecer en vn monte que se llama la Seca, camino de Medina a vn lado donde le auían de echar algunos oxeos de liebres, que ay allí muchas, y quando la Reyna saliese por el camino la podrá alcançar antes de llegar a Medina. Y ansí fue que después que su Alteza oyó misa y se fue a lo dicho, llebando consigo al duque de Nágera y marques de Denia y otros caballeros, yo fuy luego a ver lo que su Alteza mandaba y hallela muy congoxada, que no auía dormido toda la noche y se le paresçía en el rostro que estaba descolorida, ni se auía acostado en su camilla, teniendo la caja de la ymagen abraçada consigo con aquella ymaginación que se la auían de hurtar, y me dixo estas palabras «por buena verdad licenciado la persona ha tenido mucho trauajo y fatiga esta noche con miedo que me hurten esta ymagen tan linda, que don Fernando mi hijo me la embió, y hos he embiado a llamar para rogarhos y encargarhos que vos me la

guardeys y tengays en vuestros cofres hasta tanto que yo haga hazer vna arca a mi voluntad en que la tenga, porque si me hurtasen alguna piedra o pieza della yo sentiría grandísima pena, y así hos ruego me hagays este plazer que me la guardeys vos hasta entonçes». Estas palabras que su Alteza me dixo me pusieron grande alteraçión y le supliqué quanto pude que no me lo mandase, porque yo no la osaría tomar auéndola su Alteza resçeuido del Rey en nombre de Vuestra Magestad, en fin de palabras su Alteza porfió tanto conmigo y con tanta instançia y heruor, que no pude dexar de obedesçer su mandado y tomarla en guarda hasta tanto su Alteza mandase hazer la arca para guardarla, dándome su palabra real que en menos de treynta días haría el cofre y me embiaría a llamar para que se la llebase, y replicándole que en casa la podía dar a su camarero o al marqués en guarda, me dixo que no porque ya le auían llebado otras muchas joyas de gran valor dexándole los cofres vazios. Con esto me despedí de su Alteza y di la ymagen secretamente a su thesorero, que es vn hijo de Ochoa de Landa, que murió thesoro de su Alteza y deudo mío, para que la guardase secretamente sin que la viesse nadie, hasta que yo allá volviese. Después dí dello cuenta al Rey en Medina y le paresció que auía echo bien, por no dar la alteraçión por la imaginación que auía tomado, y después venidos aquí ha embiado el contador de su casa, llamado Arizpe que es su interprete y solo de quien su Alteza se fía, con el qual me embió a decir que ella tenía cuidado de mandar hazer el arca y quando fuese hecha a su contento me lo haría saber para que le llebase la ymagen.

El dicho día sabado a 19, después que el Rey vbo muerto algunas liebres en el monte, salió al camino de Medina al encuentro a la Reyna, mi señora que partió a las çinco de Tordesillas, y fueron a comer a vna huerta de Rodrigo de Dueñas, vn rico mercader de Medina que tiene para su plazer aquella huerta con vna casa muy buena y vn estanque muy grande y muchas frutas y otros pasa tiempos. En ella estubieron sus Altezas allí holgándose hasta la tarde que salió la villa toda a besarles las manos y a resçiuirlos en ella. Posaron en vnas casas modernas que hizo el doctor Beltrán a la puerta de Santiago, esa noche vbo muchos regozijo de achas y hogueras por la villa, y otro día domingo después de comer fueron sus Altezas a la plaça a donde les hizieron la fiesta en esta manera.

Entraron en ella, los primeros número de novecientos soldados con sus banderas, pífanos y atanbores, podía auer entre ellos dozientos y çinquenta arcabuzeros y la mayor parte dellos con cueras de sedas de colores y calças y jubones de lo mismo, recamados de oro y plata y fasta las gorras y çapatos, vna cosa de gran costa porque se ha averiguado que se gastó en la fiesta pasados de doze mill ducados. Sus Altezas los vieron y el Rey se espantó de ver vna gente tan luzida y tan puesta en orden de guerra como si fueran escogidos vno a vno en Lonbardía, sabiendo por çierto que todos ellos eran offiçiales y vecinos de la villa, y que muy pocos eran los que se auían visto fuera della. Muchos dellos llebaban detrás de si pajezitos bestidos de su librea con arcabuces pequeños de acauallo que allá se vsan, y otros con otras inuenciones, y auiendo pasado por adelante de su Alteza y echo salua muy ordenadamente con la arcabuzería dos vezes, se pusieron en vn esquadrón a vn cabo de la plaça, dexando los arcabuzeros en mangas como es costumbre. Tras esto entró luego vna galera echa muy al propio sobre tres carros cubiertos, que la llebaban muchos labradores metidos devaxo de las ruedas, entró por la calle de Ávila llena de mosquetes y coetes, con muchas trompetas y ministriles altos, y vernían hasta treynta y dos personas con las cruces blancas de Rodas y su gran maestre entre ellos, todos muy bien atabiados y con los estandartes de Rodas pasaron por delante de sus Altezas y dieron bueltas por la plaça. En esto asomó por la calle del Almirante otra galera de moros con sus trompetas moriscas, y todos ellos puestos a la morisca en que vernían hasta quarenta. Afrontáronse la vna galera con la otra y tiraron la artillería de ambas partes, que auría ocho

mosquetes en cada galera, sin los coetes que eran muchos a demasía. Vinieron a las manos con tanto concierto que paresçia que se auían de hazer pedaços, y en fin sin desastre alguno se entró la galera de los moros y la ganaron los de Rodas. En este instante entraron çerca de quinientos hombres a pie, todos bestidos como moros con su lanças y otras armas y vanderillas a su costunbre, y dando la buelta por la plaça arremetieron contra la galera de San Juan y ganaron su galera de moros. Con esta victoria llebaban dos negros en hombros con mucho triunfo, vna Reyna mora casada con su Rey, e yban debaxo de vn palio con muchos moros y música, y saliendo del esquadron de los soldados vna gran manga de arcabuzeros escaramuçaron con ellos y les tomaron la Reyna y prendieron muchos moros. Tras esto entraron fasta çinquenta ginetes a caballo con hábitos de moros y juntamente con el esquadron de los moros peones dieron en el esquadron de los soldados con grandísima grita y alaridos. Pareçió la escaramuça bien vn rato, pero en este medio soltaron vn toro que haziendo plaça cogió vn morico y metiole él vn cuerno por las hijadas, de suerte que no vibió más de vna hora, que fue causa de retirarse cada vno a su esquadron y mirar por el virote. Desta manera corrieron otros quatro toros e ya que era tarde soltaron otro lleno de coetes, y con esto se acabó la fiesta de aquel día, que dio mucho contentamiento a sus Altezas y a todos los que allí fueron, y fue muy apropósito por auer venido allí nuestro señor de Andalost embaxador del Rey de Françia, embiado a su Alteza para lo que a Vuestra Magestad será notorio quando esta llegue, por cuya causa se consintieron los recamados contra la premática, y por que los de Medina tienen entendido que los que venimos de aquellas partes nos holgamos más con el vino que con el agua, acordaron de poner en la plaça a vn cabo della dos cubas de vino, una de blanco y otra de tinto de veynte moyos cada vna, que cada moyo es deziseys cántaras, con las quales se alegraban los corazones de la pobre gente, y con beber desde la mañana a perdón herido, duraron las cubas hasta las dos después de media noche, que nunca faltó gente conrita que yba a pedir misericordia a las cubas, queixándose de la crueldad de la sed que con el gran calor les fatigaba mucho. Otro día lunes en la tarde fueron sus Altezas a ver la feria, que estaban las tiendas muy hermosas y bien aderezadas, llebó el Rey a la Reyna en ancas de vna mula, y el milanés en su tienda dió colación a las damas y caballeros muy suntuosa. El martes día de la Magdalena después de comer salieron sus Altezas a los toros, y corridos algunos entraron los jugadores de cañas en seys quadrillas, que serían hasta sesenta y çinco de acuallo todos vecinos del pueblo, con muy ricos atabíos de sedas y diuersos colores, cada cuadrilla recamadas las marlotas y capellares de oro y plata en mucha abundancia, hizieron vna muy hermosa entrada y dando buelta por la plaça se pusieron en sus puestos tres cuadrillas en cada puesto, delante sus Altezas, y jugaron muy conçertadamente y con mucho regozijo y sin azar alguno. Acabado el juego de cañas con vn toro que lo despartió, sus Altezas se baxaron para voluerse a palacio y salieron por vna calle hasta dozientos soldados de los del domingo, con pífanos y atanbores y cada vno dellos, vna acha en la mano para alunbrar los Reyes, holgóse tanto su Alteza que mando quitar sus pajes y los de los caualleros que nadie alunbrase sino ellos. Lo mismo hizieron los del juego de cañas que dexadas sus lanças y adargas tomaron sendas achas, y yban delante alunbrando y haziendo su fiesta y desta manera fueron alunbrando hasta dexar a sus Altezas en palacio. El domingo y el día de la Magdalena dió la villa a sus Altezas muy ricas colaciones, que paso cada vna de setenta platos, tanto que al embaxador de Françia le paresçió que aquello se hazía de industria. Miércoles por la mañana sus Altezas, oyda misa partieron de Medina y fueron a comer a La Mejorada, porque la Reyna mi Señora deseaba mucho ver aquel monesterio, a donde se holgaron mucho y auiendo comido y çenado allí se partieron en coches a Valdestillas, a donde llegaron a buena hora. Y otro día jueves, víspera de Santiago madrugaron de mañana, y oyda

missa vinieron a caballo hasta la Puente de Duero, y allí tomaron sus Altezas vn coche y con las damas que pudieron caber en otros tres corrieron hasta Valladolid, a donde llegaron entre las siete y las ocho de la mañana. Tienese por cierto que la Reyna mi señora esta preñada y ay todas la señales dello.

Ha nos venido nuevo nunçio y es vn montepulhomo que ha residido en Portugal que su majestad conoce harto bien, así aca ay grandes juizios y designos sperando lo que vuestras majestades ordenaran en esta junta y yo tengo a Vuestra Magestad suplicado lo que toca a mí particular, y ansí en esta no daré pesadumbre. Nuestro Señor, la vida y stados de Vuestra Majestad guarde y prospere a su servicio con salud y victoria muchos años. De Valladolid a IIII de agosto 1550.

De vuestra Majestad menor criado y seruidor que sus reales pies y manos vesa.

Rúbrica: El licenciado Gámiz.

Reverso: A la Sacra Católica Real Magestasd del Rey de Romanos de Hungría y de (en blanco) etc mi señor.